

## EL PREMIO DEL BIEN HABLAR.

## COMEDIA

## DE LOPE DE VEGA CARPIO.

*Hablan en ella las personas siguientes:*

*Leonarda, dama. Don Pedro.  
Don Juan de Castro. Angela, dama.  
Don Antonio, viejo. Feliciano.  
Martin, lacayo.*

*Ramiro, huésped.  
Rufina, esclava.  
Camilo, criado.*



## JORNADA PRIMERA.

*Salen Leonarda, dama, y Rufina.*

**Leo.** Doblaste el manto? *Ruf.* Ya vengó de quitarte ese cuidado.

**Leo.** Dixiste, Rufina, á Hurrado, que á la tarde salir tengo?

**Ruf.** Ya, señora, lo prevengo de que has de ver á Doña Ana.

**Leo.** Qué de juventud villana, que nos esperaba enfrente!

**Ruf.** Servir pudiera de puente, desde Sevilla á Triana. Mas si en toda la ciudad no hay tu talle, qué te admira?

**Leo.** Mas presumo yo que mira del oro la cantidad: dineros son calidad, dixo el Cordovés Lucano; porque esto de padre Indiano mueve mas la juventud, que á la nobleza y virtud pocos extienden la mano. No estaba Don Pedro allí, aquel mi gran pretendiente?

**Ruf.** Aquel necio maldiciente

de su hermano entre ellos ví.

**Leo.** Lo que hablaria de mi toda aquella mocedad con su necia libertad.

**Ruf.** Allí estaba un caballero al parecer forastero, con mas seso y gravedad.

**Leo.** En ninguno reparé, por si estaba allí mi hermano.

**Ruf.** No estaba allí Feliciano, que uno á uno los miré; pero el forastero fué quien me pareció mejor.

*Dentro ruido.*

**Leo.** Parece que oigo rumor, y cerca de nuestra casa.

**Ruf.** Como esto en Sevilla pasar: abre ese balcón, Leonor.

*Entran las espadas desnudas y las capas revueltas, Don Juan de Castro, y Martin su criado.*

**Juan.** Entra, y donde quiera sea.

**Leo.** Jesús! **Juan.** No os alboroteis.

**Ruf.** Cómo no? qué pretendéis?

**Leo.** Quién habrá que aquesto crea?

A



hasta mi estrado os entraís?  
 ola? *Juan.* Si en venir huyendo  
 de la justicia os ofendo,  
 vuestro respeto agraviais,  
 casa tan noble me ha dado  
 licencia, y no me engañé,  
 pues donde un angel hallé,  
 quién duda que fué sagrado?  
 Mandad que cierren la puerta.

*Leo.* Rufina, corre. *Ruf.* Ya voy. *vase.*

*Leo.* Méenos alterada estoy,  
 que estuve de veros muertos;  
 no cierren la de la calle;  
 porque será dar sospecha.

*Juan.* Qué no fué cosa mal hecha  
 os dice mi traje y talle.

*Mart.* Señora, si solo fuera  
 quien de esta manera entrara,  
 no es mucho que os espantara,  
 y mala sospecha os diera;  
 pero Don Juan mi señor,  
 abona el haber pisado  
 las barandas del estrado  
 de vuestro heroico valor,  
 amparadle, pues oisteis  
 que su imagen os llamó.

*Sale Rufina.*

*Ruf.* Ya la gente que os siguió  
 no sabe por donde fuisteis:  
 toda en efeto se fué,  
 y la calle está segura.

*Juan.* A tal templo de hermosura,  
 buscando amparo llegué:  
 yo soy, gallarda señora,  
 (como ya os lo dice el traje)  
 forastero de Sevilla,  
 corona de las ciudades,  
 que en España, en toda Europa  
 gobierna el Rey, que Dios guarde.  
 Y que como naturaleza  
 es de todos patria y madre:  
 nací en Madrid, aunque son  
 en Galicia los Solares  
 de mi nacimiento noble,  
 de mis ábuelos y padres.  
 Para noble nacimiento  
 hay en España tres partes,  
 Galicia, Vizcaya, Asturias,

ó ya montañas se llamen.  
 Qué turbado estoy, pues digo  
 en ocasion semejante  
 cosas que os importan poco!  
 no os espanteis, perdonadme,  
 que por Dios, que no me turban  
 pendencias ni enemistades,  
 el Templo sí, y en su Altar  
 la belleza de su imagen.  
 Qué os importa á vos saber  
 que descienda de la sangre  
 del Conde de Andrada y Lemos,  
 y que la causa dilate  
 de la presente desdicha,  
 que os ha obligado á escucharme  
 en vuestro mismo aposento,  
 donde el Sol fuera arrogante?  
 Sabed, que vine á Sevilla  
 huyendo (mirad que alarde  
 de fortuna) porque á un hombre  
 castigué la lengua infame.  
 Hablaba mal de mugeres,  
 y yo que he dado en preciarlo  
 de defenderlas, no pude  
 sufrir que tan mal hablase.  
 Pasarme quise á las Indias,  
 que dos heridas mortales  
 ya le tendrán bien seguro,  
 que mal de mugeres hable.  
 Llegué á Sevilla, y la flota  
 (como veis) aun no se parte,  
 entretanto me entretienen  
 caballeros, y amistades:  
 hoy vine á la Magdalena  
 y como algunos hallase,  
 á la puerta, me detuve  
 que ellos gustaron de honrarme.  
 No salió muger de Misa,  
 á quien un Don Diego, un aspid  
 helado para gracioso,  
 para hablador ignorante,  
 no infamase en las costumbres,  
 no desluciese en el talle,  
 no afease en la hermosura,  
 no descubriese el amante.  
 Palabra no les decia  
 que el alma no me pasase,  
 que quando se habla en cortillos



no es afrenta que se hace  
 al ausente que no la oye,  
 sino á los que estan delante;  
 porque es tenerlos por hombres  
 que gustan de infamias tales,  
 y hablar mal de los ausentes,  
 afrenta los hombres graves.  
 Salió una señora Indiana  
 con dueña, escudero y paje  
 y en viendolo se tapó,  
 dexando caer la márgen  
 del manto al pecho, en lo negro  
 luciendo cinco cristales.  
 Como quando el sol hermoso  
 por nuves opuestas sale,  
 así de sus ojos bellos  
 luz por las puertas de Flandes:  
 pero no templó su lengua,  
 que luego dixo que trato  
 mi hermano por interés  
 con esta Indiana casarse?  
 que vive Dios, que me han dicho  
 que vendió en Indias su padre  
 carbon ó yerro, que agora  
 se ha convertido en diamantes.  
 Que puesto que es vizcaino  
 para el toldo que esta trae  
 son muy baxos sus principios:  
 mal hayan Indias y mares.  
 Yo no pudiendo sufrir  
 palabras tan desiguales  
 al valor de un caballero;  
 dixe, vuesa merced hable  
 como quien es, que desde  
 de las palabras el trage,  
 que es honrar á las mugeres  
 deuda á que obligados nacen  
 todos los hombres de bien  
 por el primer hospedage,  
 que de nueve meses deben,  
 y es razon que se les pague.  
 Que puesto que son las lenguas  
 espadas, para templarse  
 quiso Dios que las pusiesen  
 en los pechos de sus madres.  
 Quién le mete en eso á él?  
 no conociendo las partes,  
 respondió descolorido:

yo dixe, el ver que la infamen  
 sin dar ocasion, y el ser  
 hombre, que basta á obligarme  
 quando no naciera noble.  
 Replicó, pues oiga y calle:  
 sino sabe quien soy yo,  
 y que no es bien que se case  
 mi hermano desigualmente;  
 respondí yo: los que saben  
 que en Vizcaya á los mas nobles  
 se les permite que traten  
 con hábitos en los pechos;  
 no dicen razones tales:  
 y sin conocerla digo,  
 que el ser muger es bastante  
 nobleza, y que no es honrado  
 quien no las honra. Dexadme  
 (dixo entónces) mataré  
 este necio si es su amante:  
 repliqué no la conozco:  
 pero lo que digo baste  
 para hablar en su defensa,  
 saca la espada cobarde,  
 que donde palabras sobran,  
 temo que las obras falten:  
 saca la espada; qué esperas,  
 pues no te detiene nadie?  
 pero vive Dios, que apenas  
 las dos se viéron iguales,  
 quando pienso que la Indiana  
 vino en forma de algun Angel,  
 y le derribó en el suelo,  
 sin que á tenerle bastasen  
 quantas espadas y amigos  
 pretendieron ayudarle.  
 No espere mejor suceso  
 la lengua que las infame,  
 ni ménos que vida y honra  
 quien las defienda y alabe.  
 Con esto quise tomar  
 la Iglesia para librarme,  
 y por la confusa gente  
 tomé diferente calle.  
 Al revolver de la esquina  
 ví estas casas principales,  
 juzgué por ellas el dueño,  
 es imposible engañarme.  
 Traigo una hermana conmigo,



á quien doy tantos pesares, que este postrero; señora, temo que la vida acabe. Esto solamente siento: hasta que la noche baxe os suplico permitais que en vuestra casa me ampare para partirme á San Lucar, donde á las Indias me embarque, si podrán llevar el peso de mis desdichas sus naves. Que tan justa obligacion hará que el alma os consagre la tabla de este milagro, que con letra de oro en jáspe, diga que pudo en Sevilla Don Juan de Castro librarse con Doña Angela su hermana de dos peligros tan grandes. Y porque vea el pintor quando la tabla señale, como ha de poner la historia: y pues sois la hermosa imagen, ya me pongo de rodillas para que así me retrate, que quien defiende á mugeres, bien es que piedad alcance.

*Fel.* La ocasion en que os hallais no dá lugar á respuesta, nuestro valor manifiesta lo que haceis y lo que hablais: la muger que obligais, no soy, y palabra os doy que me mintió, porque yo soy nieta de tan buen abuelo que por bien nacida al cielo siempre agradecida estoy. Me da mi padre el solar mas noble de Vizcaya: á las Indias venga ó vaya que honor le puede quitar? Si le ha enriquecido el mar no implica el ser caballero, no honrar ese escudero de mi padre, mas no podrá que esa espada es lengua ya con que digo que no quiero. Eso de hierro y carbon

es language maldiciente: pero yo quiero aunque miente tener en esta ocasion ese trato y opinion: para que quando le halle en aquella misma calle, me sirva el hierro en su mengua, para cortalle la lengua, y el carbon para quemalle. Pienso que viene mi hermano, Rufina, escondele presto.

*Ju.* Bien haya el cielo, que ha puesto mi remedio en vuestra mano.

*Mar.* Rufina, color indiano, no hay bodega, ó palomar?

*Ruf.* El pajar te quiero dar, y á tu amo mi aposento.

*Mar.* Si comen no habrá sustento?

*Ruf.* Ya no te llevo al pajar? *Llévalos.*

*Salen Feliciano, Don Pedro y Carrillo.*

*Fel.* Esto se ha de hacer así, no hay sino armarnos de presto.

*Leon.* Dónde vas tan descompuesto?

*Ped.* Sabes mi desdicha? *Leon.* Sí.

*Ped.* Ay Leonarda, que espirando queda mi hermano Don Diego.

*Leon.* Quien tan locamente ciego vivió siempre murmurando, qué mucho que muera así?

*Fel.* Qué buen modo de consuelo! vamos de aquí. *Ped.* Sabe el cielo que reprehensiones le digas, mas era hermano mayor, no me tocaba el castigo.

*Fel.* Yo soy de Don Pedro amigo y tuve á Don Diego amor. Si hablaba mal, solo fué de ruin gente, que la honrada siempre fué de él respetada.

*Leon.* Eso dices? *Fel.* Esto sé, y vive Dios que si esconde la tierra este forastero, que le he de matar. *Ped.* No espero que habemos de saber donde, que es Sevilla confusion, y si en Monasterio está, quien Feliciano podrá matarle en esta ocasion?



Lo mejor será enviar  
 á San Lucar dos soldados  
 para matarle pagados;  
 porque éste se ha de embarcar,  
 y no podrá conocellos.

*Fel.* Vamose á buscar agora  
 que es lo que importa. *Ped.* Señora,  
 pensé que esos ojos bellos  
 enterneciera la muerte  
 de Don Diego; y tan ayrados  
 los hallo, que mis cuidados  
 crecen con rigor mas fuerte.  
 Que por doblar mis enojos,  
 como á mi hermano un traidor,  
 me matan con mas rigor  
 la espada de vuestros ojos.  
 Que si no estais ofendida.

*Fel.* De qué os aflije mi hermana?  
 no ha de amanecer mañana  
 este villano con vida.

*Sale Don Antonio, padre de Leonarda.*

*Ant.* Donde va tu hermano así?  
*Leon.* Alla con sus amistades  
 á executar necesidades  
 que te den cuidado á tí.

*Ant.* Dicen que ha herido á Don Diego  
 un forastero Don Juan.

*Leon.* Los dos á buscarle van,  
 uno necio, y otro ciego.

*Ant.* Pues qué quiere Feliciano  
 acabar mi vida así?

*Leo.* Este Don Pedro que aquí  
 truxo á mi pesar mi hermano,  
 queriendo que su muger,  
 como se lo ha dicho, sea,  
 en estas cosas se emplea.

*Ant.* Algo le ha de suceder.  
 Siempre los malos sucesos  
 vienen por malos amigos;  
 no tiene un padre enemigos  
 como los hijos traviesos.  
 Matarán este Don Juan,  
 quién lo duda? es forastero.

*Leon.* Es valiente Caballero,  
 tendrá amigos, no podrán.  
 La causa de la cuestión,  
 fué decir mal de mugeres  
 Don Diego; pues como quieres

que le ayude la razon  
 una sutil vanagloria?

*Ant.* Luego el Don Juan defendia  
 las mugeres? *Leon.* Si señor.

*Ant.* Ese hombre tiene valor,  
 no hay cosa, Leonarda mia,  
 mas digna de un hombre honrado:  
 ser quien le mató quisiera,  
 así en las venas me altera  
 el humor del tiempo helado.  
 Si supiera donde estaba,  
 favor le diera y dinero,  
 propia accion de Caballero:  
 quién lo bien hecho no alaba?  
 Voy á buscar á tu hermano,  
 que es loco y rico.

*Sale Rufina.*

*Ruf.* Ya quedan  
 adonde hallarlos no puedan.

*Leon.* Solo temo á Feliciano,  
 donde pusiste el oriado?

*Ruf.* Martin (que aqueste es su nombre)  
 queda por mas tordo: que hombre  
 en el pajar enjaulado.  
 Pienso que ha de cantar bien;  
 porque aun apenas entró,  
 quando de comer pidió.

*Leon.* Haz que de comer le den  
 que yo haré con gran secreto  
 la comida de Don Juan.

*Ruf.* Lastima los dos me dan.

*Leon.* El Caballero es discreto,  
 y que me ha puesto, Rufina,  
 en notable obligacion.

*Ruf.* Por ella obliga á aficion,  
 y por la persona inclina.  
 Pidióme un libro. *Leon.* Hasme dado,  
 Rufina, grande contento,  
 hoy sabrá mi nacimiento:  
 que tú sin tu cuidado  
 le darás mi executoria,  
 diciendo, que aquí la hallaste  
 en un cofre mio. *Ruf.* Pensaste...

*Leon.* Quiero que sepa que tengo  
 sangre de un señor de España.

*Ruf.* Si la vista no me engaña,  
 á pensar que quieres vengo  
 ser con él mas que piadosa.



*Leon.* No te parece que fuera, quien á Don Juan mereciera...

*Ruf.* Dí lo demás. *Leon.* Venturosa, sin temer tormenta ó calma; porque el bien hablar, Rufina, es una señal divina de la nobleza del alma. *Vause.*

*Sale Doña Angela dama, y Ramiro huésped.*

*Ang.* No sé como he de tener paciencia en tan mal suceso, que sino es perder el seso, no me queda que perder.

*Hues.* No pudiera suceder el matar á vuestro hermano? que fuistes dichosa, es llano, que en dos males es error

no agradecer el menor, y quejarse al cielo en vano.

*Ang.* Conozco, que mayor mal, huesped, suceder pudiera, que esto no me sucediera, fuera á mi inocencia igual: una muger principal en tierra extraña os admira, que sin amparo se mira?

*Hues.* No me admira que os engaña llamar esta tierra extraña.

*Ang.* A qué mi remedio aspira?

*Hues.* En Sevilla estais, no estais en algun monte desierto, ay del que cerca del puerto, si ya no es muerto mirais: en mi casa no temais necesidad, ni violencia.

*Dentro Feliciano, y Don Pedro y Carrillo.*

*Fel.* Quién ha de hacer resistencia adonde hay tanta razon?

*Hues.* Estos los parientes son.

*Ang.* Defienda Dios mi inocencia. *Salen.*

*Fel.* Posaba Don Juan de Castro, huesped, en aquesta casa?

*Hues.* Aquí posaba, señor, que á mí me pesa en el alma.

*Fel.* Tiene aquí ropa, ó criados?

*Hues.* No tiene mas de esta dama.

*Fel.* Es acaso criada suya?

*Ped.* Es su amiga, ó es su hermana?

*Ang.* Hermana por sangre soy, de buena sangre heredada, que os suplico respeteis: y amiga porque se llama la amistad, que es verdadera, parentesco de las almas.

No fué por mí la cuestión; ni he sido parte, ni causa de vuestro disgusto y pena, aunque la mayor me alcanza.

Los hombres al fin son hombres, por mayores males pasan: ay de las pobres mugeres que los hombres desamparan! aquí sí que es el dolor,

y mas quanto mas honradas, porque es el mayor peligro, el honor á quien le guarda.

Yo soy la muerta, yo sola á quien destruyen y matan, yo triste, que aun el valor en tal desdicha me falta

entre vuestras armas sola, muger entre mil espadas; dadme, señores, la muerte, yo me confieso culpada, que son sangre las desdichas, y de deudo á deudo pasan.

Mi fortuna dió los filos, y le sacó de la vaina el azero de esta herida: qué aguardais? tomad venganza.

*Ped.* Qué os parece de este llanto? vive Dios... sino mirara..

*Fel.* Callad, Don Pedro, por Dios, que es baxeza esa palabra.

De lo que Don Juan ha hecho, qué culpa tiene su hermana?

Este mozo está en las tierras, donde con violentas armas, por una ofensa un linaje, mugeres y amigos matan:

aunque esta señora fuera culpada en esta desgracia, no pudieran detener la mas violenta arrogancia



dos peñas de aquellos ojos? *An.* 2.

*Ped.* Buen amigo! linda traza ha de vengar un muerto hermano! ven, Carrillo, que si aguarda mi agravio vanos requiebros, locas son mis esperanzas.

*Car.* Vamos por toda Sevilla déxale, que es una mandria: yo apostaré que á estas horas le está ofreciendo su casa. Vamos por los monasterios que por la tribuna santa, que aunque esté en el refitorio, le he de dar quatro mojaditas.

*Vanse los dos.*

*Fel.* Señora, no tengais pena, que aunque es bastante la causa, por amigo de Don Pedro acompañe su venganza: que entré soberbio vos confieso, y en viendo ese tallo y cara, amainé todas las velas: tengo sangre de Vizcaya, lo que dixere una vez, será firme y sin mudanza; dadme licencia que os vea, y en esta ocasion os valga, que vive Dios de poner un millon que hay en mi casa, por vuestro servicio, y luego honor, sangre, vida y alma.

*An.* El cielo os pague el consuelo.

*Fel.* Vuestro nombre?

*An.* Angela. *Fel.* Basta, no se engañó quien le puso: huesped. *Hue.* Señor?

*Fel.* Dos palabras: con estos cincuenta escudos regalareis esta dama mientras que vuelvo á Sevilla.

*Hue.* Quando volveréis? *Fe.* Mañana. *vase.*

*Hues.* Cincuenta escudos me dió.

*An.* Termino de gente hidalga.

*Hues.* Pesia tal! es rico y noble, puede comprar á Triana.

Una hermana tiene hermosa para quien su padre guarda cien mil ducados de dote.

*An.* La fortuna, mi madrastra, ha guardado para mí cien mil penas y desgracias. *vanse.*

*Salen Don Juan, y Martin.*

*Juan.* Cómo pasaste á verme?

*Mar.* Con licencia de la mulata, que es la quinta esencia de toda la discreta picardia, que lo moreno de esta tierra cria.

*Jua.* Has comido? *Mar.* Qué dices? treinta platos.

me truxo esta Princesa de mulatos, y sirviendo la paja de manteles, comí mejor que en sillan, ni doseles: y para postre mano, y paz de Francia, que puesto que temiendo la fragancia, la limpieza pastilla, y no ser fea, disimular pudiera la gragea.

Comiste tú? *Jua.* Pedile á la morena un libro por pasar mejor la pena de tanta sociedad, y ella que ignora que historias salen en la Corte agora, en vez de tanta prosa, verso y fama me truxo la nobleza de su ama de mil colores y oro, y la he leído, con que tambien estuyé entretenido, como con los donaires del Parnaso, del Orfeo, del nuevo Garcilaso.

Es tanta finalmente su belleza, que puede competir con su nobleza. Vino, Martin, tras esto la comida guisada de la dama defendida, con tal regalo, olor, gusto y aseó, que solo le ha faltado á mi deseo el postre que te dió la mulatilla.

*Mart.* Qué bizarra es la gente de Sevilla! qué liberal! qué limpia y generosa!

*Juan.* No es Leonarda discreta, no es hermosa?

*Mart.* Cómo discreta? Ciceron, Cebantes, ni Juan de Mena, ni otro despues, ni ántes no fueron tan discretos y entendidos: es un harpa templada en los oidos, es sentencia en favor por el Consejo, consonancia en cristal de vino añejo, son de doblon en mesa ó plata doble, cortés respuesta de persona noble, ruido de arroyuelo ardiendo Febo,



soneto de Don Luis, Séneca nuevo,  
con hambre de torreznos que se frien,  
con tercianas las fuentes que se rien,  
ó mas sonoro que en la espada suele,  
de los que azotan á quien no le duele,  
ó en un falso testigo, ó alcahüeta,  
el eco de la sálta de baquera,  
pues en llegando á hablar de la her-  
mosura,

Diana es fea, Filomena oscura,  
la doncella de Francia, y la doncella  
de Dinamarca, nones son con ella;  
porque el Sol es muy lindo, y nos  
enfada

por los caniculares, y esta agrada.  
Quedemonos aquí, pues has topado  
las Indias sin la mar, que tu embarcado  
irás á tu aposento con Leonarda,  
y yo con la mulata que me aguarda  
en mi pajar sin larga las escotas;  
porque si aquí se encierran treinta flotas,  
qué es menester buscar mayor tesoro?  
que aun esta esclava si la vendo es oro.

**Juan.** Como piensas Martin! lo que has  
soñado,  
bien parece que en paja te has echado.

**Mart.** Si, mas no la he comido, que me  
dieron

naranjas que la cólera rompieron;  
un pernil con las hebras como grana,  
que abriera á un hipocóndrico la gana,  
y á estar hecha en figura mas perfeta,  
de un Castellan! pudiera ser mueta,  
una ave enamorada. **Juan.** Enamorada?

**Mart.** De tierna, derretida, y bien asada:  
hubo su rabanito, oliva y queso,  
que pudieran venderme por el peso;  
con esto y diez tragadas de Cazalla,  
dixe poniendo aparte la toalla  
los ojos ya del buen licor testigos,  
mulata, dónde estan los enemigos?

**Juan.** Ay Martin, como todo me alegrará  
si en Madrid á Doña Angela dexarás  
pero ver que es mi hermana, y que  
afligida

ha de estar del peligro de mi vida,  
no me permite gusto ni contento.

**Mart.** Quedo, que está Leonarda en tu  
aposento.

**Salen Leonarda y Rufina.**  
**Leo.** Habreis pasado muy mal  
de aposento y de comida.

**Juan.** No la he tenido en mi vida,  
hermosa señora, igual.

**Leo.** Dar un palacio real  
á vuestro valor quisiera.

**Juan.** Menos á mi intento fuera,  
por ser de esclava le alabo,  
que siendo yo vuestro esclavo  
me disteis mi propia esfera.

Vine á mi centro en venir  
donde vuestra esclava vive,  
parece que me apercibe  
de que os tengo de servir:

si aquí os puedo ver y oír,  
toda mi ventura encierra,  
todos mis males destierra;  
porque despues de no estar

en el cielo, no hay buscar  
mayor descanso en la tierra;  
pero qué ha de ser de mí,  
ya que en tal lugar estoy,

si en siendo noche me voy  
de aqueste día en que os ví?  
si tan presto el bien perdi,

fimera fué mi ventura,  
no es bien el que poco dura,  
mas, quién, señora, pensara  
que mis contrarios vengara

vuestra divina hermosura?  
Qual es el muerto no acierto,  
bella Leonarda, á juzgar,

si el no veros me ha de dar  
la muerte, yo soy el muerto:  
pensé que llegaba al puerto

de mis desdichas, y luego  
donde á la muerte navego  
con tal tormenta y rigor,

que quiere anegar amor  
el alma en un mar de fuego.  
Qué hice yo á vuestros ojos

que vengan mis enemigos,  
quando los hice testigos  
de mis lágrimas y enojos?

juzgareis que son antojos,  
decirme que me desalma  
amor que me tiene en calma,  
pero vuestra discrecion



sabe que la obligacion  
abre las puertas al alma.  
Primero os amé que os ví;  
quién vió tan nuevo obligar?  
y no lo podeis negar,  
pues sabeis que os defendí:  
mirad como merecí  
favores ántes de veros,  
pero fué para perderos,  
pues en viendonos los dos,  
no me defendí de vos,  
aunque supe defenderos.

**Leon.** Señor Don Juan, si teneis  
determinado partiros,  
mal podré yo persuadiros  
contra lo que vos quereis;  
y basta que me dexéis  
con tantas obligaciones,  
sin decirme estas razones  
para mas pena y dolor,  
que no le detiene amor  
á quien dexa las prisiones.  
Defenderme ántes de verme  
no fué amor, nobleza fué,  
ó condicion vuestra en fe  
de obligarme y conocerme;  
pero si fué defenderme  
nobleza, nobleza fué  
el haberos defendido;  
con que direis con razon  
que cumple su obligacion  
beneficio agradecido:  
vos os vais porque quereis,  
y algún deseo llevais,  
pues porque quereis os vais,  
quando quedaros podeis;  
al peligro anteponeis  
el Angel que en la posada  
debe de estar lastimada;  
mirad qué estraños desvelos,  
que os estoy pidiendo zelos  
sin amor ni ser amada.  
Dicen que la enfermedad,  
tiene la espada desnuda,  
quando está la vida en duda,  
y en mí el exemplo mirad:  
á matar la libertad  
la espada desnuda entrastes,

aunque piadosa me hallastes;  
pero el efecto que hicistes  
no os lo dixe, pues os fuistes,  
con mas prisa que llegastes;  
id en buen hora á buscar  
esa dama venturosa,  
que estará tan cuidadosa  
como me habeis de dexar:  
mirad si quereis llevar  
alguna cosa de aquí;  
que os aseguro que fuí  
dichosa en que luego os vais,  
porque si mas os tardais,  
me llevarades á mí.

**Ju.** Leonarda, si yo me voy,  
es por no daros enfado,  
que del Angel lastimado  
legítimo hermano soy,  
y el favor que me dais hoy  
en el alma le imprimí:  
bien quisiera estar me aquí,  
si tuviera atrevimiento;  
porque este humilde aposento  
fuera cielo para mí.  
El cuidado de mi hermana  
confieso que me le dá

**Leon.** Qué es vuestra hermana? **Ju.** No está  
léjos, sabedlo mañana.

**Mar.** Para qué andais por rodeos,  
donde se os ven los enojos,  
pues por la boca y los ojos  
andais trocando deseos?  
Pensad la partida bien,  
que él se muere por no irse,  
y tú (si puede decirse)  
porque se quede tambien.  
Por lo ménos ya que fuese  
prision esta voluntad,  
hasta saber la verdad,  
responde, á prueba, y yésese.  
Ea, qué os estais mirando?

**Ju.** Por mí yo me quedo aquí.

**Leon.** Y yo qué diré de mí?

**Mar.** Dí, que lo estás deseando.

**Ruf.** Y él no tiene hermana allá?

**Mar.** No, perra; perla queria  
decir, que tú lo eres mía.

**Ruf.** Tu hermano ha venido ya.



*Leon.* Salgamos del aposento,  
y cierra tú. *Ju.* A Dios. *Leo.* A Dios.

*Ruf.* En fin se quedan los dos?

*Leon.* O es amor, ó atrevimiento.

*Vanse, queda Leonarda y sale Feliciano.*

*Fel.* Leonarda, señora mía?

*Leon.* Quanto me alegro de verte!

que me has tenido con pena

de ver que tan loco fueses

á acompañar otro loco:

qué ha sucedido? qué tienes?

habeis hallado por dicha

al forastero valiente?

mas que le habeis muerto? *Fel.* Yo

coy el que vengo á la muerte.

*Leon.* Ay cielos! estás herido?

dónde? cómo? *Fel.* Espera, tente,

que es una herida invisible,

de que sola el alma muere.

*Leon.* El alma puede morir?

*Fel.* De amor, hermana, no puede?

*Leon.* Pues tú sabes qué es amor?

que con gusto indiferente

á ninguna quieres bien,

y dices, que á todas quieres?

*Fel.* Como yo pienso, Leonarda,

que mi dinero pretenden,

guardo el alma, y doy la bolsa,

que es lo que ellas apetezen.

Dixéronnos la posada

de aquel Don Juan, y qual suelen

romper los ayres los rayos,

fuiamos á cal de la sierpe,

entramos, pensando hallar

prendas de Don Juan, y en frente

estaba un retrato suyo,

con alma entre viva y nieve.

Una Doña Angela, un Angel,

claro está, pues lo parece,

con unas lágrimas tristes,

que hicieran la noche alegre.

Las lágrimas te encarezco,

para que por ellas pienses

qual deben de ser los cielos,

que tales lágrimas llueven.

Pero si llorando, y tristes

nombre de cielos merecen,

qué serán con alegría

ojos que tal gloria tienen? supongo

abrió por medio un clavel,

ya quisieran los claveles

tomar las perlas que ví,

y dixo en razones breves

la desdicha en que se hallaba.

Habléla yo tiernamente,

que no supo á tanto sol

el corazon defenderse,

pesó á perlas mis palabras,

enternecida de verme

de su parte en su desdicha,

que á veces, Leonarda, nueve

al llanto en las desventuras

el ver que alguno las sienté.

Prometí darla favor,

Don Pedro enojóse, y fuese;

y aunque yo tambien me fuí,

diré la verdad, quedéme.

Dí para regalos de hoy

cincuenta escudos al huésped,

que llevaba en un bolsillo.

Con esto he venido á verte,

porque sepas que Don Pedro

puede buscar quien le vengue;

porque yo pienso, Leonarda,

(y riñeme como sueles)

tener el Angel que digo

por mi dueño para siempre.

*Leon.* Lo que yo pienso reñirte,

(pues sabes que las mugeres,

de ver otras en desdichas,

se lastiman fácilmente)

es que á persona tan noble

esa miseria le dices,

quando le dabas el alma.

*Fel.* Razon, mi Leonarda, tienes:

mas no ves que las que pesán,

por miedo de los fieles

á lo principal añaden

otra cosa diferente:

así al alma puse el oro;

no porque valor hubiese,

pero por cumplir el peso,

aunque me pesa de verme

en peso tan desigual,

si bien es un tiempo aqueste,

que á peso del oro hay almas,



y almas que por él se pierden:

ya lo dí, corrido estoy.

**Leon.** Poco el oro me parece para contrapeso de alma.

**Fel.** No ruve mas, qué me quieres?

**Leon.** En tal ocasion, hermano,

y mas si amor te enloquece,

era lo cierto decir,

como hombre cuerdo y prudente,

yo tengo en casa una hermana,

que en esta ocasion os puede

tener consigo, entretanto

que este negocio remedien

ruegos, dineros, y amigos.

**Fel.** Luego si yo la truxese,

la tendrias tú contigo?

**Leon.** Eso dudas? luego entiendes

que tengo el alma de piedra?

iré por ella, si quieres,

y si hay lugar en tristezas,

le diré lo que mereces.

**Fel.** Ay Leonarda de mis ojos!

á tus pies quiero atreverme

á pedirte que me obligues,

y que esta dama consueles.

Haz poner el coche, y parte

á la calle, que parece

que estando á los pies de un Angel,

entónces fué de la sierpe.

Toma mi hacienda, mi vida,

como sola el alma dexes;

y esto porque no la tengo.

**Leon.** Llama, Rufina, esa gente,

hoy que el Angel de mi hermano

el coche en oro convierte.

**Ruf.** Basta que estais dos á dos.

**Fel.** Ay Angela si te viesen

en esta casa mis ojos!

**Leon.** Ay Don Juan quanto me debes!

**Ruf.** Ay Martin! si á mi color

tal San Martin le viniese,

## ACTO SEGUNDO.

*Salen Don Juan y Martin.*

**Mar.** Parece nuestra historia encantamento.

**Juan.** No lo parece, si lo es. **Mar.** Al dia

abre las puertas con dorado aliento

la bella Aurora que las flores cria.

**Ju.** Estaba (como digo) en mi aposento,

quando la noche el filo igual tenia

en la balanza con que pesa estrellas,

mas triste que ella suele estar sin ellas.

Pensaba solo en mi querida hermana,

quando oygo abrir la puerta, y que Rufina

me dice, que Leonarda mas humana

hablarme en su aposento determina:

voy tras la esclava como sombra vana,

mira tú con que luz mi error camina,

y asido de su enfaldo á escuras llevo

á la esfera bellissima del fuego.

Una buxia en una quadra ardia,

y con vislumbre trémula enseñaba

lo que en la quadra bien compuesta habia,

que una cama de seda, y oro estaba;

el ambar de ayre en viento le serbia,

que por las quatro partes respiraba:

allí yo te confieso que suspenso

llegar mi dicha por la posta pienso.

Qué os deteneis? (me dice la mulata)

corred cobarde esa cortina luego,

y descubriendo un cielo de oro y plata,

de una hermosa muger me abraza el fuego:

yo quando pienso que Leonarda trata

de algun yerro de amor que es siempre

ciego,

conozco que es Doña Angela mi hermana,

y fuese en humo mi esperanza vana.

Qué es esto (dixe), dulce hermana mia?

y como con su rostro me juntaba,

sentí que huésped en la cama habia,

que Leonarda de zelos suspiraba;

Martin, yo te confieso el alegría,

que ver mi hermana en tal lugar me daba,

pero que en parte me pesó, pues creo

que fuera mas dichoso mi deseo.

Despues de hablar con ella mas de una hora,

le dixé, cómo este lugar tomaste,

pues era de Leonarda mi señora?

tan presto el noble término olvidaste?

mandóme (respondió) mudarle agora

para poder hablar quando llegaste,

pasa de la otra parte, porque puedas

agradecer lo que obligado quedas.

Yo escucho desde aquí (dixo Leonarda)

y detúveme yo cobardemente;



pero ella, presumiendo de gallarda,  
 remitió su temor á su accidente;  
 fingió que el animal, el que acobarda  
 mas las mugeres, se atrevió á su frente:  
 ya ves con qué donaire fingiria  
 el miedo, que era entónces osadia:  
 Ya desvia las trenzas, ya la ropa,  
 ya del cuello los cándidos cambrayes,  
 ya se vuelve á cubrir con lo que topa,  
 mezclando alegre risa en dulces ayes;  
 yo viendo mi fortuna viente en popa,  
 le dixe al corazon, no te desmayes,  
 quando la luz á ruego suyo inclina,  
 aunque mulata su color Rufina.  
 Suelos en crespos rizos sus cabellos,  
 ondas de la tormenta del espanto,  
 puso risueña en mí los ojos bellos,  
 no siendo el animal que temia tanto;  
 retrató el alma entre las luces de ellos,  
 y finjo por la colcha que levanto  
 que pasa el animal, y que le veo;  
 y era lo que pasaba mi deseo.

No ha visto el mismo amor desde que  
 miente,

que desde que nació mentir sabia,  
 tan bien fingido espanto, y accidente,  
 mas bien trazado para dicha mia;  
 y fuelo grande estar su hermano ausente,  
 ( porque á acostarse le conduce el día )  
 que nos pudiera oir; mas la ventura,  
 quando ella quiere, todo lo asegura.

El rostro baxo á la bordada orilla  
 de la cama, por ver si hallaba el rastro,  
 y hallé una desmayada zapatilla  
 que le faltaba el alma de alabastro:  
 bien haya la limpieza de Sevilla;  
 porque por vida de Don Juan de Castro,  
 que el mas grave señor hacer pudiera  
 la limpia zapatilla vigotera.

Con esto á mi aposento vuelvo, y digo  
 á mi fortuna mil requiebros, tales,  
 que desde agora á no sentir me obligo,  
 por tales bienes, los mayores males;  
 no ha sido el sueño de mi bien testigo,  
 que apenas en los fulgidos umbrales  
 del cielo puso el pie la blanca Aurora,  
 quando me halló como me ves agora.

*Mar.* Suceso extraño, y último sosiego

de tu temor! mas breve fué mi historia;  
 por la mulata á la cocina llevo,  
 que andaba en esos pasos de tu gloria:  
 dormia echado en el umbral del fuego  
 un mastin que pudiera andar la noria,  
 siento roncar, y paso á paso aplico  
 la humilde boca al temerario ocico;  
 pero apenas la boca en él repara  
 que olia á pepitoria, y no á camuesas,  
 quando ladrando me agarró la cara,  
 y en los carrillos me estampó las presas,  
 pues luego mi fortuna en eso para,  
 quiero correr, tropiezo en dos artesas,  
 y doy en la espetera con la frente,  
 despertando los gatos y la gente.  
 Qual me salta á la cara, qual me agarra  
 por una pantorrilla, pierdo el tino,  
 muero en el puerto, y sin hallar la barra,  
 por embocar la puerta desatino:  
 qué galgo con cencerro ó con guitarra,  
 sacudiendo la cola, huyendo vino  
 por las carnestolendas, como salgo?  
 las manos dexo, y de los pies me valgo.  
 Pero ya que salí de la cocina,  
 huyendo del ladrante seguimiento,  
 por ir al aposento de Rufina,  
 de las conservas hallo el aposento:  
 ó bien haya, Don Juan, la luz divina,  
 de quanto vive lustre, y ornamento,  
 pues con ella á tus ojos he llegado,  
 oloroso, mordido y arañado.

*Ju.* Gente suena, aquí te esconde,  
 hasta que sepas quien es.

*Mar.* Tengo de hablarte despues?

*Ju.* Mi soledad te responde.

*Vase.*

*Mar.* Muy bien te puedes estar,  
 que es Leonarda mi señora.

*Sale Leonarda.*

*Leon.* Martín? *Mar.* Pareces aurora  
 en la luz y el madrugar.

Querrás andar en tu casa,  
 Indiana en fin. *Leon.* Otro fin  
 me ha despertado, Martín,  
 que de hacienda de Indias pasa.

*Mar.* Dígolo, porque teneis  
 fama de ser miserables,  
 por los trabajos notables,  
 que en tierra y mar padeceis.



Pero qué te ha levantado?

*Leon.* Un desasosiego injusto.

*Mar.* Es disgusto? *Leon.* No es disgusto, que no hay gusto con cuidado.

*Mar.* No será pena de amor; que dan gusto sus desvelos.

*Leon.* No le puede haber con celos.

*Mar.* De celos es la mayor; pero celos tú? de quién?

*Leon.* Mis celos son testimonio de que se ha vuelto demonio mi amor. *Mar.* No lo entiendo bien.

*Leon.* Qué nombre le puedo dar, si tengo de un Angel celos?

*Mar.* De esto nacen tus desvelos?

*Leon.* Si me ha querido engañar Don Juan, por haber pensado

que le he de ayudar mejor, engañase, que el amor

no paga bien, engañado:

Doña Angela no es su hermana.

*Mar.* Es por Dios, y no es razon que juzgues de su intencion

por una apariencia vana.

*Leon.* Yo sé que su dama es, y que lo quiere encubrir,

y á mí no me ha de mentir por tan pequeño interes:

que me va la vida á mí en tener mi libertad:

él sabe mi calidad,

tan buena como él nació.

Yo regalaré su dama,

no por eso ha de pensar, que es mejor aventurar

el crédito de mi fama.

Ella es muy linda por Dios,

y en él muy bien empleada,

ya la he visto despojada,

bien se pagaron los dos.

Hasta verla tuve en duda la voluntad, y la vida:

desvelos me dió vestida, celos me ha dado desnuda.

No es cosa para sufrir, que celos ántes de amor, es como necio acreedor,

que firma sin recibir.

Dí que no me hable mas en lo que habemos tratado.

*Mar.* Si mi señor te ha engañado, no vuelva á Madrid jamás.

Plega á Dios, que un ignorante me lea ilustre señora

en versos, versos un hora, y un mal músico me cante.

Y que algun falso deudor de estos moatrerros viejos

por Audiencias y Consejos haga pedazos mi honor.

Plega á Dios que sea creida la primera informacion,

y quítenme la opinion, que sin opinion no hay vida;

que me vendan mis parientes, y me olviden mis amigos,

y que á mil falsos testigos nazcan otros tantos dientes;

que sirva á señor ingrato, y si hubiere lugar, quiero

que me tire un candelero á quien pidiere barato;

que se añicione á capones mi dama por voces vanas,

y si tuviere tercianas, me curen por sabañones;

que compita con bonete, y me atruene un bachiller,

que hable grueso mi muger, y mi criado en falsete;

que me ensucien una aldaba, quando por llamar la tuerza,

y que me casen por fuerza, que con voluntad bastaba.

*Leon.* Ya te conozco, Martin, para tordo eres mejor,

yo entendí que tu señor miraba otro blanco y fin.

Lo dicho dicho, no hay mas.

*Mar.* Oye, señora, detente, escucha. *Leon.* Vete, insolente. *Vase.*

*Mar.* De esa manera te vas?

*Sale Feliciano.*

*Fel.* Qué es esto? *Mar.* Perdióse todo.

*Fel.* Quién sois? Y qué hacéis aquí?

*Mar.* Señor, yo vine; yo fui.



*Fel.* Quien se turba de ese modo,  
bien claro dice quién es.

*Mar.* Soy caxero, y he vendido  
unas randas que he traído,  
como lo sabreis despues.  
Si algunas voces he dado,  
por mi dinero será.

*Fel.* Y la caxa dónde está?

*Mar.* Aquí en frente la he dexado,  
de donde agora pasé.

*Fel.* Y á quién las habeis vendido?

*Mar.* Si á vuestra muger ha sido,  
ó á vuestra hermana, no sé,  
y aquí estaba una esclavilla,  
la qual Rufina se llama.

*Fel.* No es mi muger esa dama.

*Mar.* Yo sé poco de Sevilla.

*Fel.* De qué nacion? *Mar.* Turco soy.

*Fel.* Turco? *Mar.* Digo de Turin.

*Fel.* Piamontes? *Mat.* Sí piamentin;  
en grande peligro estoy.

*Fel.* De qué país del Piamonte?

*Mar.* De Illescas. *Fel.* De Illescas cómo?

*Mar.* Tal miedo de veros tomo;  
porque yo soy de Belmonte.

*Fel.* No me agradaís: ha Leonarda.

*Sale Leonarda.*

*Leon.* Es Feliciano. *Fel.* Yo soy?

*Mar.* Gracias á los cielos doy;  
nunca su socorro tarda.

A vuestra merced no he dado  
unas randas, de que espero  
en esta puerta el dinero?

*Leon.* Unas randas le he comprado.

*Fel.* Perdonad, hombre de bien,

*Mar.* Las sospechas, caballero,  
perdono, mas no el dinero.

*Fel.* Pagaros quiero tambien,  
venid amigo.

*Vase.*

*Leon.* Martin,  
escuchad. *Mar.* Qué me mandais?

*Leon.* Que á verme siempre vengais.

*Mar.* Pensé que dabamos fin  
á nuestros cuentos por Dios;  
pero mas ventura fué,  
pues descubierto podré  
hablar, señora, con vos.

*Vase.*

*Leon.* A las perlas del alva descogian

Pintadas hojas las abiertas flores,  
Quando en alegre paz dos ruseñores,  
Su nido sobre un álamo texian.

Pero en el tiempo que coger querian  
El fruto de sus candidos amores;  
Llegaron otros dos competidores,  
Que quanto fabricaban deshacian.

Las pajas de que ya vestido estaba  
Bañaron en cristal los arroyuelos  
De una fuente que el álamo bañaba.

Así fueron mis ansias y desvelos,  
Quando pensé que nido fabricaba;  
Tal fin promete amor, principio en celos.  
*Sale Doña Angela.*

*Ang.* Estás sola? *Leon.* No lo ves?

*Ang.* Mi hermano, Leonarda mia,  
á asegurarte me envia,  
para que de mí lo estés:  
suplicate que me des  
crédito por desagravio  
de tu amor, que no es tan sabio  
amor, que á no ser su hermana,  
fuera la riqueza humana  
parte á sufrir un agravio.  
Y mucho lo estoy de tí,  
en no haberte parecido  
aquello mismo que he sido  
desde el dia en que nació:  
por qué presumes de mí  
que si yo fuera su dama,  
aventurára tu fama,  
infamando tu nobleza?  
porque no hay mayor baxeza,  
que ser tercero quien ama.

Mas de qué sirven rodeos?  
para mas seguridad,  
pagaré con voluntad  
de tu hermano los deseos:  
amor de honestos empleos,  
no exceda, ni te levante,  
mas que á ser cortés amante,  
mira tú si puede haber  
para celos de muger  
seguridad semejante.

*Leon.* Doña Angela en tiempo breve  
no puede haber mucho amor,  
esto ha sido, que el amor  
se previene á lo que debe:



quando una muger se atreve  
á amar, mire los sujetos  
causa de iguales efetos,  
que examinar el valor  
antes de tener amor,  
es prevención de discretos.

Nunca aventuran la fama  
tan presto nobles mugeres:  
si como su hermana eres,  
fuera Angela su dama;  
que nobleza no se infama  
amando lo que es ageno.

Ya tengo tu amor por buenoy  
ya con mis zelos acabo,  
tu satisfaccion alabo,  
y mi sospecha condeno.

Si á mi hermano favoreces,  
daré favor á tu hermano,  
que ya sabe Feliciano  
lo que vales y mereces:

la fortuna muchas veces  
ofrece las ocasiones,  
si á las Indias te dispones,  
aquí es mejor que te pares,  
sin andar por altas mares,  
peregrinando naciones.

Aficióneme de ver  
que sacase un caballero  
en mi defensa el acero,  
solo porque soy muger:

Angela, no he menester  
dineros, sino contento;  
ayuda mi pensamiento,  
que fuera de mi nobleza,  
no hay en las Indias riqueza,  
que iguale tu casamiento.

Ang. Yo, señora, haré tu gusto,  
fuera de ser de mi hermano.

Leo. Daba á Don Pedro la mano,  
no con pena ni disgusto,  
pero ya querer es justo,  
á quien defiende mi honor.

*Sale Rufina.*

Ruf. Don Antonio mi señor  
viene con Don Pedro á hablarte,  
escóndete.

Ang. Si es casarte  
Leo. No hay obediencia en amor. *vase Ang.*

*Salen Don Antonio y Don Pedro.*

Ant. En tal peligro queda? Ped. No parece  
que una hora puede dilatar la vida;  
mengua el valor, y el accidente crece:  
mi casa queda toda reducida  
á sola mi persona. Ant. Si en vos queda,  
será mas aumentada que perdida.

Ped. Bastante hacienda y mayorazgo hereda,  
quien solo quiere ser esclavo vuestro,  
quando esta dicha el cielo me conceda.

Ant. Vos conocéis el justo amor que os  
muestra.

Aquí está mi Leonarda, que en su gusto  
sabeis, Don Pedro, que se mueve el  
nuestro.

Leonarda, sin respuesta, sin disgusto,  
hoy se ha de hacer este concierto, hoy  
quiero

que lo que quiero yo, tengas por justo.  
Es Don Pedro tan noble caballero,  
que quiero honrar mi casa de la suya.

Doyle sin joyas tuyas en dinero  
quarenta mil ducados, aunque es tuya  
mayor parte despues: dale la mano,  
para que la escritura se concluya.

Mayorazgo he fundado en Feliciano,  
ya sabes que es razon, diez mil de renta  
(gracias á Dios) le quedan á tu hermano.  
Que en la nobleza, y las virtudes cuenta,  
tiene por dote de mayor decoro,  
lo que la vida y la opinion aumenta.

Ped. Si llevo en mi Leonarda tal tesoro,  
no me basta saber que es prenda mia?  
qué valor en su pie merece el oro?

Leo. Estimo vuestra noble cortesía,  
señor Don Pedro, aunque yo estaba agena  
de que la dicha que decis tenía.

Esto solo os respondo. Ant. No condena  
la vergüenza jamas estas acciones,  
vamos adentro, no la demos pena.

Ped. No voy contento yo de sus razones,  
disgusto me parece que ha sentido.

Ant. Fingen disgusto en estas ocasiones.

Ped. Poco dichoso con Leonarda he sido.

Ant. Aquel encogimiento fué forzoso.

Ped. Aun no fuí de sus ojos admitido.

Ant. Vos, lo sereis quando seais su esposo.

Ped. Dadme licencia que despues la vea.



*Ant.* Dueño sois de esta casa. *Ped.* Venturoso padre y señor quien tanto bien posea.

*Vanse los dos.*

*Leo.* Quién pensara que tan presto tuvieran fin semejante mis pensamientos altivos?

*Ruf.* Puede mi señor forzarte?

*Leo.* Puede quitarme la vida.

*Salen Don Juan y Martin.*

*Ju.* Dexame, necio. *Mar.* Qué haces?

*Ju.* Qué tengo de hacer? morir.

*Mar.* Pues de esa manera sales?

*Leo.* Qué es esto, Don Juan. *Ju.* Perderme.

*Leo.* Adónde vas? *Ju.* A matarme.

*Leo.* Por qué, señor? *Ju.* Por tu gusto.

*Leo.* Gusto? de qué? *Ju.* De casarte.

*Leo.* Oíste á mi padre? *Ju.* Sí.

*Leo.* Pues qué dixo? *Ju.* Que me mates.

*Leo.* Yo qué respondí? *Ju.* Tibiezas.

*Leo.* Y Don Pedro? *Ju.* Necedades.

*Leo.* Sosiegate. *Ju.* Cómo puedo?

*Leo.* Digo el sí? *Ju.* Bastó callarle.

*Leo.* Necio estás. *Ju.* Soy desdichado.

*Leo.* Y yo muger. *Ju.* Eso baste.

*Leo.* Hablame bien. *Ju.* Estoy muerto.

*Leo.* Escucha. *Ju.* Qué he de escucharte?

*Leo.* Eso es locura. *Ju.* Es por tí.

*Mar.* Parecen representantes, que saben bien el papel.

*Leo.* Martin, así Dios te guarde, siente Don Juan lo que dice?

*Mar.* Si lo siente? qué donaire! pues vesle salir sin seso,

y preguntas disparates?

*Ju.* Ea, Martin, á embarcar.

*Mar.* Cómo quieres que me embarque, si he empleado mi dinero en olandas y cambrayes? soy de esta casa caxero, pesquéle quinientos reales á Feliciano, y pretendo tratar en Italia y Flandes.

*Ju.* Digo, que te embarques luego.

*Mar.* Dónde tengo de embarcarme?

*Ju.* Dentro del mar de mis ojos.

*Mar.* Notables sois los amantes.

*Ju.* Mas no, que corre tormenta, y era forzoso anegarte.

*Leo.* Ve, Rufina, al corredor, porque puedas avisarme: tú, Martin, lince has de ser en la puerta de la calle, que quiero hablar libremente.

*Ruf.* Yo voy. *Mar.* Y yo á ser Alcayde.

*Vanse los dos.*

*Leo.* Don Juan las ingratitudes ofenden las voluntades, mucho en poco tiempo debes al alma que supo amarte.

Quál hizo mas de los dos? tú en querirme, ó yo en dexarme engañar de los requiebros,

cosa á los hombres tan fácil? qué mudanza has visto en mí? qué es lo que dixe á mi padre?

qué te obliga á hacer locuras? puede por fuerza casarme?

no puede: y mas que te busca Feliciano por mil partes

obligado á defenderte por mi inclinacion notable al servicio de tu hermana.

Por Dios, Don Juan, que repares en la pena que me das.

*Ju.* No sé como puedo hablarte con las desdichas presentes,

porque es razon que me alcancen, que quien escucha oiga mal lo que escuché fué bastante

para temer la caída de mi fortuna mutable. Si tu padre, prenda mia,

con resolucion tan grande quiere casarte; qué importa que tú con tu hermano trates

resistir la voluntad?

*Leo.* No hayas miedo que me case con Don Pedro, Don Juan mio,

que si de mi hermano sabes, que desea conocerte,

no será mi padre parte para casarme por fuerza.

*Ju.* Qué notables tempestades corre esta pobre barquilla en dos tan breves instantes!

Es posible que en dos dias



cosas por un hombre pasen,  
 que aun en dos años parecen  
 imposibles de contarse?  
 Mil veces en mi aposento  
 pienso que puedo engañarme,  
 porque me niego á mí mismo  
 ser tan presto, y ser verdades,  
 ó por lo ménos que duermo,  
 y que sueño disparates,  
 por mas que los nacimientos  
 conciertan las amistades.  
 Entré, señora, en tu quadra;  
 ví con Doña Angela un angel,  
 y por unas zelosias  
 de cabellos descuidarse  
 blanco marfil mal ceñido  
 de lágrimas orientales,  
 ví dos manzanas de nieve  
 escritas de azul esmalte,  
 y dixe: bien haya el árbol  
 donde tales frutos nacen;  
 luego ví encubrirse todo,  
 quedando solo en cristales  
 unos rayos que tenían  
 breves grillos de diamantes.  
 Vine con esto mas loco;  
 olvidéme de mis males,  
 que no esperados placeres  
 olvidan grandes pesares.  
 Prometíme de tener  
 dueño, que el mundo envidiase,  
 rico, noble, hermoso, ilustre,  
 de alto valor, de alta sangre,  
 en pago de la defensa  
 y alabanzas inmortales,  
 que me deben las mugeres  
 honras, virtudes, linages,  
 desde que ceñí la espada,  
 no sufriendo que afrentasen  
 muger ninguna á mis ojos,  
 lo qual me ha costado cárcel,  
 heridas, perder la patria,  
 envidias, enemistades,  
 oficios, cargos, hacienda,  
 hasta que pude obligarte  
 con lo que sabes, señora,  
 que te ha obligado á ampararme:  
 y apenas quise salir

no á dexar mis soledades,  
 sino por ver si te veía,  
 quando el sueño se deshace,  
 oigo decir que te casas,  
 y oigo decir que me maten.

*Leon.* Don Juan, un hombre valiente  
 tan tiernos extremos hace?  
 Mirad, que entrastes muy bravo  
 para salir tan cobarde:  
 qué seguridad quereis  
 para que con vos me case?

*Juan.* Una firma suele ser  
 firmeza de amor constante.

*Leon.* Voy á escribir un papel.

*Juan.* Y firmarasle? *Leon.* Esperadme,  
 mal conoceis las mugeres  
 con amor. *vase.*

*Juan.* El Cielo os guarde.  
 Fortuna, que á Sevilla me truxiste  
 huyendo del rigor en que me hallaste,  
 en qué mar á las Indias me embarcaste,  
 que con tal brevedad me enriqueciste?  
 Mas no es el fin del bien que le conquiste,  
 si de la posesion te descuidaste,  
 pues para más tristeza me alegraste,  
 que no hay alegre bien, si el fin es triste:  
 No me des dichas para no gozallas,  
 no me des glorias para no tenellas,  
 ni el breve bien que en esperanzas hallas;  
 Que no pudiendo asegurarse dellas,  
 parece que es más dicha no alcanzallas,  
 que vivir con el miedo de perdellas.

*Al entrarse Don Juan sale Feliciano.*

*Fel.* Quién es?

*Juan.* Notable desdicha! *ap.*

*Fel.* Qué es lo que mandais aquí?

*Juan.* Aunque perderla temí, *ap.*

muy breve ha sido mi dicha:

aquí no hay otro remedio

como decir la verdad,

que será temeridad

perder lo que hay de por medio.

Sois Feliciano? *Fel.* Yo soy.

*Juan.* A vos os busco. *Fel.* A qué efecto

me buscáis? *Juan.* Yo soy Don Juan

de Castro y Puertocarrero.

*Fel.* Sois el que á Don Diego hirió?

*Jua.* Soy el que ha herido á Don Diego.

C



*Fel.* Saco la espada. *Juan.* Esperad, y sabreis á lo que vengo.

*Fel.* Vos á matarme vendreis.

*Juan.* Oidme, señor, os ruego, dos palabras. *Fel.* Ya os escucho, aunque es por cierto respeto.

*Juan.* Sabeis, que si lo sabreis, que reñimos bueno á bueno Don Diego y yo? *Fel.* Bien lo sé.

*Juan.* Pues segun eso, qué debo entre caballeros nobles?

*Fel.* De todo estoy satisfecho.

*Juan.* Esto es quanto á la herida, porque á vos, que no á Don Pedro doy esta satisfaccion.

*Fel.* El término os agradezco.

*Juan.* Donde he estado retirado, ha una hora que me dixéron que la señora Leonarda, con noble y piadoso pecho truxo á Doña Angela aquí; yo, como en fin, forastero, no conociendo las partes, con el honor que profeso por las tapias de la huerta desamparé el Monasterio, y aventurando la vida á ver quien la truxo vengo.

Entré loco por la casa; pero en sabiendo los dueños os pido humildemente, que es justo, perdón de mi atrevimiento. Suplicoos que la ampareis, hasta que me vaya al puerto, que en casa tan principal pienso que la puso el cielo. Con esto y vuestra licencia al Monasterio me vuelvo, y si saliere justicia, cosa que volviendo temo, las manos me han de valer, que á los pies poco les debo.

*Fel.* Puesto que yo soy amigo de Don Pedro, y de Don Diego, lo soy mas de la verdad, y del valor de los pechos. A estas horas puede ser que esté Don Diego muriendo:

ya que por tan justa causa en peligro os habeis puesto, no habeis de salir de aquí; porque no es justo, ni quiero, sino es que yo os acompañe, que si de Leonarda el zelo fué amparo de vuestra hermana, tambien obligado quedo por ella, por vos, por mí, y por Leonarda á teneros en mi casa, hasta que vayais seguro á Cádiz, ó al Puerto. Haos visto alguno en mi casa?

*Juan.* Ninguno. *Fel.* Pues mi aposento, sin que lo entienda mi hermana ni mi padre, daros quiero.

*Juan.* Echareme á vuestros pies.

*Fel.* Aquel es del quarto nuevo.

Esta es la llave, tomad, id aprisa, cerrad presto; y advertid que hay una puerta, por donde, si no hablais quedo, os puede escuchar mi hermana, por eso andad con silencio, que á sus aposentos sale.

*Juan.* Mil años os guarde el cielo, que desde hoy prometo ser para siempre esclavo vuestro. *vase.*

*Fel.* Qué pudo imaginar mi pensamiento que del alma viniese á la medida, como hallar á Don Juan, en cuya vida estriva de mi amor el fundamento?

Quando temí, para mayor tormento, de mi muerte en el rigor de su partida, de los cabellos la ocasion asida dispone á dulce fin mi atrevimiento.

Ya estaba el alma sin tener sosiego, vestida de mortal desconfianza; pero valióme la esperanza luego.

Ella es el bien, mientras el bien se alcanza, que como el árbol es materia al fuego, así vive el amor con la esperanza.

*Sale Leonarda.*

*Leon.* Como mi hermano ha venido, Don Juan se escondió.

*Fel.* Leonarda, que hay de nuevo?

*Leon.* Que me aguarda



un mal tambien prevenido.  
Con Don Pedro está firmando  
mi padre las escrituras.

*Fel.* En voluntades seguras,  
quién puede temer amando?

*Leon.* Si tú no temes, yo sí,  
que hacer este casamiento  
estorba mucho tu intento.

*Fel.* Leonarda, despues que ví  
á Doña Angela, que adoro,  
sin saber quien es Don Juan,  
mil pensamientos me dan,  
cuyos efectos ignoro.

Quieres á Don Pedro bien?  
quieres casarte? *Leon.* No hay cosa  
qual una pregunta ociosa,  
con que mas penas me den.

*Fel.* No te puedo encarecer  
lo que me alegra escucharte;  
porque á serlo, solo es parte  
querer tú ser su muger.  
Este ha de ser enemigo  
de Doña Angela, si muere  
su hermano: pues quien lo fuere,  
cómo puede ser mi amigo?  
tengo de tener cuñado,  
que á Doña Angela persiga?

*Leon.* Feliciano, amor te obliga  
de un angel bien empleado.  
Por tí no quiero casarme,  
que tambien á mí me dan,  
sin conocer á Don Juan,  
pensamientos de guardarme;  
sin saber por qué, me guardo  
de lo que los dos intentan.

*Fel.* Por tu vida, que me cuentan  
que es el hombre mas gallardo  
que ha venido de Castilla;  
que en un Monasterio está,  
donde á visitarle va  
lo mas noble de Sevilla.  
Quieres que vaya por él,  
para que á su hermana vea?

*Leon.* Claro está que lo desea:  
mas cómo vendrás con él?

*Fel.* En un coche con recato.  
Honor, no es esto ofenderos,  
que ántes es ennobleceros

lo que con Angela trato.

*Leon.* Busca á mi padre, y dirás  
esto que sabes de mí.

*Fel.* Yo voy: advierte, que aquí  
esa palabra me das.

*Leon.* De Don Juan digo que soy,  
si tú quieres que lo sea,  
aunque nunca á Don Juan vea.

*Fel.* Loco por Angela estoy. *Vase.*

*Leon.* Bueno es ir por él agora,  
y dentro de casa está,  
vivid esperanza ya:

oyes, Rufina?

*Sale Ruf. Señora?*  
*Leon.* Abre ese aposento, y llama  
á Don Juan. *Ruf.* En él entré  
denantes, y no le hallé:

hice de espacio la cama,  
y como ví que no vino,  
fuíme. *Leon.* Dónde puede estar?  
que no habiendo otro lugar  
pareciera desatino.

Ay de mí, si se partió  
temiendo mi casamiento!

*Ruf.* Pues él no está en mi aposento;  
lo mismo imagino yo.

*Leon.* El se fué desconfiado:  
qué haré? muerta soy, ay cielos,  
estraña fuerza de zelos!

*Ruf.* Si se fué, qué te ha llevado,  
que los ojos de agua llenos,  
haciendo extremos estás?

*Leon.* Del alma lleva lo mas,  
del cuerpo lleva lo ménos.

*Salen Doña Angela y Martin.*

*Ang.* Leonarda? *Leon.* Angela?

*Ang.* Qué es esto?

*Leon.* Don Juan es ido, estoy loca.

*Ang.* Don Juan?

*Leon.* Con causa tan poca,  
que se echa de ver quán presto  
olvida quien presto quiere.

*Mar.* No era muy poco temer  
ser de Don Pedro muger,  
para que su muerte espere.

*Ang.* No me puedo persuadir  
que me dexase mi hermano.

*Leon.* Pues que te ha dexado es llano,



para dexarme morir.

*Mar.* El no salió por la puerta.

*Leon.* Si salió, que siendo bien, quando se va no le ven.

*Mar.* Tu hermano viene.

*Leon.* Estoy muerta.

*Salen Feliciano y Don Juan.*

*Fel.* Angela, para alegraros os traigo lo mas que puedo: dad los brazos á Don Juan.

*Ang.* Don Juan? mi hermano?

*Leon.* Qué es esto?

*Fel.* En un coche con amigos le saqué del monasterio.

*Ang.* Cómo no hablas, hermano?

*Ju.* Porque enmudece el contento, que viene sin esperanza:

mucho á estos señores debo, pues en tan grave desdicha tanta merced nos han hecho.

Es la señora Leonarda?

*Leon.* Yo soy, á servicio vuestro.

*Ju.* No solo os beso los pies, la tierra que pisan beso.

*Leon.* En extremo he deseado, señor Don Juan, conoceros, que por allá habreis sabido lo que á Doña Angela quiero.

*Ju.* Sé la merced que la haceis, digna de tan nobles pechos: ya mi desgracia supisteis; con razon temo á Don Pedro, que es quien pretende matarme: mas ya me ha muerto de zelos. *ap.*

*Leon.* Mataros? no lo creais, no matará si yo puedo, que hay muchos en esta casa que pretenden defenderos.

*Ju.* Como el Señor Don Antonio le quiere para su yerno, de que os doy el parabien, con justa razon le temo.

*Leon.* Pues no temais, que he de ser (aunque por padre le tengo) de quien quisiere mi hermano, que solamente obedezco.

*Fel.* Yo te casaré, Leonarda, y no será con Don Pedro.

*Leon.* Mil veces te doy los brazos, y el pensamiento agradezco.

*Fel.* Parécete bien?

*Leon.* Sí, hermano.

*Mar.* Abraze vueste al caxero de casa.

*Ju.* Con mucho gusto.

*Mar.* Randas, y Cambrayes vendo:

si hay bodas, no hay que sacar de caldefrancos, que tengo ciertas holandas, manteles, mas que el propio pensamiento. Comencé sin una blanca, y á la primer flota pienso enviar quarenta fardos, y tres doblando el dinero, cargados naves que valgan siete mil y quatrocientos.

Luego compro mi lugar, y en un coche me paseo; miro grave, y hablo culto, y quito el sombrero á dedos: tres cosas hacen los hombres, y los levantan del suelo, las armas, letras, y el trato; armas, no las apetezco viendo mil soldados mancos, sopones de los conventos; letras, no las aprendí; trato desde aquí comienzo: fortuna, pues eres dama, quatro moños te prometo, y diez naguas de algodón, con que estés gorda tan presto, que encubras por lo estofado las cantimploras del suelo.

*Ruf.* Mi señor viene. *Fel.* Don Juan, volveos al monasterio que sabeis, que cada dia ir á buscaros prometo, y fiad de esta palabra.

*Ju.* Honrais un esclavo vuestro:

á Dios, señora Leonarda,

á Dios, Angela.

*Ang.* Los cielos os libren, Don Juan.

*Leo.* Y os guarden para lo que yo deseo,



## ACTO TERCERO.

*Salen Don Antonio y Feliciano.*

*Fel.* Quando Don Pedro salía  
(que por su causa no entré),  
escuché que te decia,  
padre y señor, con que fué  
cierta la sospecha mía.

*Ant.* Pues qué sospechas? *Fel.* Sospecho  
que habrás casado á Leonarda.

*Ant.* Tratado está, no está hecho;  
como ser su esposo, aguarda  
de tu amistad satisfecho,  
entra por padre y señor,  
mas humilde que un deudor;  
por que quantos se han casado  
de esta manera han entrado,  
ó sea interes ó amor.  
Pero apenas pasa un mes  
quando es suegro, y de él se afrentan,  
y por qualquiera interés  
entre las cosas le cuentan,  
que se aborrecen despues:  
pésales de ver que vive,  
como de heredar los prive,  
y dicen que un siglo dura.

*Fel.* Don Pedro á tanta ventura,  
justamente se apercebe.  
Pero no se la darás,  
á lo ménos con mi gusto,  
pues desobligado estás.

*Ant.* Has tenido algun disgusto  
con Don Pedro? *Fel.* Yo jamas.

*Ant.* Pues dóysela yo por tí,  
cuya amistad con exceso  
no es de gusto para mí,  
y agora sales con eso?  
no es tu amigo? *Fel.* Señor sí,  
y á otros muchos preferido.

*Ant.* No, Feliciano: los dos  
habeis reñido: qué ha sido?

*Fel.* Amigos somos por Dios,  
no habemos los dos reñido.

*Fel.* Hay pendencia? hay amenaza?  
habló mal de tí en ausencia?  
que hay amigos de esta traza,

lisongean en presencia,  
y murmuran en la plaza.

Por muger debió de ser,  
alguna te habrá quitado,  
no niegues. *Fel.* Yo, que muger?

*Ant.* Pues cómo hoy te causa enfado  
lo que abonabas ayer?

*Fel.* Porque mayorazgo era,  
presumiendo que muriera  
su hermano, y vive, y está  
fuera de peligro ya,  
y que le dieras quisiera  
mejor marido á Leonarda.

*Ant.* La palabra no se guarda?

*Fel.* Digo, señor, que es muy justo.  
Pero el no ser con su gusto  
me detiene y acobarda.

*Ant.* Pues qué gusto es menester?  
tengo yo de obedecer  
á Leonarda, ó ella á mí?  
yo le conocí por tí,  
por tí será su muger.  
Galas y joyas previno  
de mi palabra fiado,  
y cumplirla determino.

*Fel.* Temor notable me ha dado.

*Ant.* De que? *Fel.* De algun desatino.

*Ant.* Quién le ha de hacer?

*Fel.* Mi hermana.

*Ant.* Tu hermana? *Fel.* Veráslo presto.

*Ant.* Pues fúndese en ser liviana,  
y tú necio y descompuesto,  
y casaréme mañana.

*Fel.* Pues has llegado á decir  
disparate semejante,  
no te quiero persuadir.

*Ant.* Salte allá fuera, ignorante. *Vase.*

*Fel.* No es ignorancia sufrir  
En gran confusion me siento,  
Don Juan está en mi aposento,  
yo por su hermana perdido,  
y Don Pedro prevenido  
al injusto casamiento;  
qué cortos plazos le dan  
al mal! y el bien cómo tarda!  
todos en peligro están,  
mas ay cielos, si Leonarda  
quisiera bien á Don Juan. *Vase.*



*Salen Don Juan, Doña Angela, Leonarda y Martín.*

*Leo.* Estarás muy triste aquí.

*Ang.* Agravias su voluntad.

*Ju.* Confieso la soledad

del tiempo que estoy sin tí;

pero luego que te veo

vence la satisfacción

quanto á la imaginación

está pidiendo el deseo.

*Ang.* El quarto de Feliciano,

de suerte compuesto está,

que en él consolar podrá

sus soledades mi hermano.

Tiene muy ricas pinturas,

y escritorios excelentes.

*Ju.* Son de unos ojos ausentes,

Angela, sombras obscuras.

Abrí la puerta, y pasé

al de Leonarda, que aquí

amanece para mí

el sol que anoche se fué.

Qual hombre de quantos trata

favorecer la fortuna,

acostada vió la luna,

en su círculo de plata?

No es verdad, Martín? *Mar.* Señor,

la luna es húmeda y fría,

y comparalla sería

con Leonarda, poco amor.

Cada mes su condicion

hace trescientas mudanzas;

que pará tus esperanzas;

contrarios efectos son.

De qué se sirve crecer,

á quien luego ha de menguar?

quién quartos pudo inventar,

pudo ser buena muger?

demás, que fué gran baxeza

trocár en quartos su plata

por premio, ofendiendo,

ingrata, y

su misma naturaleza.

El cerro del Potosí

ha hecho lo que ha podido,

que hablemos en él os pido,

y no haya quartos aquí.

*Leon.* Cómo podré entretener

á Don Juan mientras se esconde?

*Mar.* Lo que el amor te responde,  
no quiero yo responder.

*Leo.* Pero jugando, ó hablando

habrá de ser. *Mar.* Pues contemos

cuentos, porque no podremos

entretenernos baylando;

que sino yo y la mulata

hemos puesto un gafeado,

que capóna y rastreado

son quartos, y es otro plata.

*Ju.* Si llega tan dulce día,

que yo tenga libertad,

veremos tu habilidad.

*Leo.* Pues comienza Angela mia.

*Siéntanse los tres.*

*Ang.* Yo no sé cuento ninguno;

pero tambien entretienen

cosas varias: y así os quiero

hacer de un pleyto jueces.

Habia un hombre de bien,

gran defensor de mugeres,

que tenia cierta hermana,

que le acompañaba siempre.

Llamábase el hombre Octavio,

la dama Olimpia, y dos veces

se viéron por defenderlas

cerca de prision ó muerte.

Defendió una dama un día,

y ella tambien le defiende,

enamóranse los dos,

los dos casarse pretenden.

El hermano de esta dama

vió á la hermana del ausente,

enamórase tambien,

y ella dicen que le quiere:

en fin por temor de Octavio

á decirlo no se atreve.

Ahora os ruego, señores,

que me digais cómo pueden

vivir Olimpia, si amor

diffícilmente se vence?

*Leo.* Quereis que responda yo?

*Ang.* Claro está que lo deseo.

*Leo.* Pues haga Olimpia el empleo

á que Octavio la obligó,

pues que la enseña á querer;

y los hermanos trocados

quedarán en paz casados.



*Ju.* Qué puedo yo responder?

*Mar.* Brava cifra! pesia tal!  
qué enigma tan encubierta!  
si la quiere descubierta,  
Leonarda, qué dicha igual?

*Leo.* Sí quiero, y le pediré  
las albricias á mi hermano;  
pero oye un sueño. *Mar.* En vano  
sueñas, ya no hay para qué.

*Leo.* La madre de las tinieblas  
en la silla de su imperio  
daba las puertas al huerto,  
y las llaves al secreto;  
estaban todas las cosas  
en un profundo silencio,  
hasta la envidia dormía,  
no hay mas encarecimiento;  
quando soñé que en un prado  
estaba sola durmiendo,  
á cuyas flores servía  
de abanillo el manso viento,  
y que vino un pardo azor  
de una águila negra huyendo,  
que se amparaba en mis brazos,  
y que por tenerle en ellos  
desperté, y ví que me había  
llevado del pecho abierto  
el corazon en las uñas;  
qué podrá ser este sueño?

*Mar.* Notables andais de cifras,  
que no lo entiende os prometo  
uno de aquestos que saben  
castellano como griego.  
Declaraos un poco mas,  
y lo que decís sabremos.

*Ju.* Si te llevó el corazon  
(paloma Andalúz) durmiendo,  
el pardo azor de Castilla,  
hago testigo á los cielos,  
que te dexó toda el alma.

*Mar.* O qué fin para un soneto!  
nueva manera de amor,  
seguidillas en requiebros.  
Azor de Castilla,  
paloma Andalúz,  
quién los viera madre  
comer alcuzcuz?

*Ju.* Este está borracho ya.

*Mar.* Pluguiera á Dios.

*Leo.* Dí tu cuento.

*Ang.* A gentil entendimiento  
encomendando se ve.

*Mar.* Tan linda te ha parecido  
la cifra que nos dixiste?

*An.* Yo me entendí. *Mar.* Sí entendiste,  
pues todos te han entendido.

*Ju.* Ay mi Leonarda, si viera  
á Doña Angela casada  
con tu hermano, y que empleada  
mi vida y alma estuviera  
en tus méritos divinos,  
qué vida fuera la mia!  
la fuerza de esta alegría  
hace pensar desatinos.  
Esta ciudad generosa  
fuera mi patria: saliera  
al alva, pero no fuera  
á buscar jazmin y rosa  
al campo, sino á mi lado;  
porque lo hallára en tu cara,  
y yo en tus ojos hallára  
luz serena y sol dorado.

Viera regalada la mesa  
tan alegre al medio dia,  
que de tanta dicha mia,  
aun á mí propio me pesa.  
Quando la noche en su abismo  
cerrara el cielo español,  
durmiera yo con el sol,  
antípoda de mí mismo.

Qué Príncipe, qué señor  
tan descansado viviera?

*Mar.* Por Dios, que no le dixerá  
tal requiebro un labrador.

*Ju.* Pues qué le puedo decir?

*Mar.* Grosero amador estas,  
aquí no has hablado mas  
que de comer y dormir.

*Ju.* Sabes tú mas? *Mar.* Sí en verdad.

*Ju.* Eres tú culto por dicha?

*Mar.* Eso fuera por desdicha,  
que no por habilidad.

Dexo las cosas divinas,  
á que un hombre está obligado,  
despues que se ha levantado;  
ya, señor, las imaginas;



pero después de comer  
no era justo regalar  
tu esposa, y ver el lugar  
que una muger quiere ver?

*Ju.* Bien es, Martín, que me riñas:  
los deseos me engañaron.

*Mar.* Por qué piensas que llamaron  
á las de los ojos niñas?  
porque fué su condicion  
ver quanto pasa, y tambien  
el desear quanto ven,  
que así las mugeres son.  
Llevémosla á cal de Franco,  
que mil mugeres ha habido,  
que por no verlo encogido,  
no dan limosna á los mancos.  
Llevémosla por el rio  
en un encerrado barco,  
que una ventana con marco  
hará triste el humor mío.  
Vea el sábaló salir  
del agua á la blanca arena,  
de lama y de concha llena,  
y entre las redes bullir.

Vea como se alborota  
preso del cáñamo y plomo  
en otro elemento, y como  
la nudosa red azota.

Vaya en el coche tambien  
por el campo de Tablada,  
que una muger festejada  
sabe que la quieren bien;  
ó á la Comedia, que algunas  
saben dextar los chapines,  
si hay rótulos burattines,  
con su ramo de aceytunas.

Vaya á esas huertas vecinas,  
vea frutas, corte flores,  
que no todos los años  
se cubren de las cortinas.  
Siempre fué mi parecer,  
que el que es discreto, Don Juan,  
nunca ha de ser mas galán,  
que de su propia muger.

*Sale Rufina alborotada.*

*Ruf.* Ay, señora, como estás  
con descuido tan notable:  
que tu hermano y mi señor

riñeron sobre casarte.

Jura que esta noche misma  
ha de ser; mira qué haces,  
que estan las joyas en casa,  
ricas telas, y diamantes,  
y el sastre á la puerta muerto,  
por dividir en mil partes  
primaveras y tabies.

*Mar.* Ya no saldremos las tardes  
por sabalos. *Leo.* Aun no puedo  
mover la lengua. *Ju.* Ni hables,  
pues has gustado, Leonarda,  
de engañarme, y de matarme.

*Leo.* Yo engañarte, mi señor?  
cómo puedo yo engañarte,  
si me ha de costar la vida  
el no sufrir que me case.

*Mar.* Lo que mas siento, Rufina,  
es saber que el sastre aguarde  
á echar por esos tabies,  
como por cerros y valles,  
aquella santa tixerá,  
que tales milagros hace.  
Quando la perdida España  
se ganó de los Alarbes,  
mandó Pelayo salir  
á todos los oficiales:  
que saldrian respondieron  
de buena gana los sastres  
á pelear con los Moros,  
quando un pendon acabasen,  
para que van allegando  
pedazos chicos y grandes;  
pero con haber mil años,  
no hay remedio que se acaben,  
y puede llegar á Roma  
si los pedazos juntasen.

*Ju.* Yo no sé mejor remedio:  
dí á tu hermano y á tu padre  
lo que Don Diego decía;  
que si tal infamia saben,  
y que por eso le hiriéron,  
no es posible que te casen.

*Leo.* Eso ya estuviera hecho,  
Don Juan, si fuera importante,  
mas si llega á su noticia,  
cómo no te persuades  
que los han de hacer pedazos?



**Ju.** Pues qué importa que los maten, á trueque de verte libre?

**Leo.** Eso es locura. **Ju.** Pues dame algún remedio; que muerto, mas que nunca viva nadie.

**Ruf.** Tu padre. **Leo.** Escondéos los dos.

**Ju.** Quién habrá que no se canse de tanto esconder? **Ang.** Quien tiene amor. **Ju.** No hay amor que baste.

*Vanse, y queda Leonarda.*

**Sal. Ant.** Cómo, Leonarda, es posible, que á ver las joyas no sales, siendo propio en las mugeres, con las galas alegrarse? mira que estan los criados de Don Pedro para darte tal presente, que es razon que le agradezcas, y alabes.

Qué es esto? no me respondes?

**Leo.** Señor, por no declararme no te respondo. **Ant.** Bien dices, que puesto que te declares has de hacer mi voluntad; porque engendrarte y criarte me ha dado este imperio en tí.

**Leo.** Hacen el alma los padres?

**Ant.** No, sino el cuerpo, que el alma Dios la infunde. **Leo.** Si entres partes se divide el alma, y una es la voluntad, no sabes que no es tuya, sino mia? que aun Dios, no quiso quitarme la libertad con ser Dios: fuera de esto, no es bastante, que el bien que se da una vez, no fué de nobles quitalle: si el cuerpo me diste, es bien que como á dueño le mandes: ya es mio, pues me le diste; mira que es en hombres graveson al pedir lo que dan, baxeza.

**Ant.** Ay libertad semejante! pues ven aca (que no quiero, como era justo, enojarme) cuál es mejor casamiento: que con extraño te cases, ó con el que mas conoces? No es mejor, hija, emplearte

en quien puedas tú decir, por conocerle y tratarle, que está dentro de tu casa?

**Leo.** Suplicote que repares en la palabra que has dicho.

**Ant.** Cómo? **Leo.** Yo quiero casarme con quien en tu casa vive.

**Ant.** Agora quiero abrazarte; y echarte mi bendicion, y á los dos, Leonarda, alcance. *vans.*

*Salen Martin, Don Juan, y Angela.*

**Mar.** En efecto nos vamos?

**Ju.** No es posible aguardar á que venga el nuevo esposo.

**Ang.** Culpo, Don Juan, tu condicion.

**Ju.** Qué hombre tan aprisa fué dichoso?

**Ang.** Queriéndote Leonarda, es imposible darle la mano?

**Ju.** Un padre es poderoso.

**Ma.** No hay padre en voluntad de mugeres.

**Ju.** Qué viento no mudó sus pareceres?

**Mar.** Y dónde quieres ir?

**Ju.** Quiero embarcarme, pues fuera de peligro está Don Diego: aquí puedes, Doña Angela, esperarme, que á despedirme de Leonarda llego, que porque no es razon quiero forzarle que se queje de mí: tu parte luego, y apercibe la ropa que truxiste.

**Mar.** Yo voy. *Vanse los dos.*

**Ag.** Yo quedo enamorada, y triste. Pasa la mar el mercader que aspira

á enriquecer, y por la extraña tierra de su querida patria se destierra, ni el frio teme, ni el calor admira.

Del bien gozoso que su gloria mira en alta nave la riqueza encierra;

y sin temer del elemento guerra las hondas rompe, por llegar suspira:

Mas quando ya la patria se la daba, corre tormenta en el vecino puerto,

y halló la muerte quando no pensaba. Asi por este mar del mundo incierto,

con renta mi esperanza navegaba; perdonóla la mar, matóla el puerto.

D



*Sale Don Antonio.*

*Ant.* Quién se queja, y habla aquí?

*Ang.* Ya me ha visto: qué desgracia!

*Ant.* Mujer de tan buena gracia,

en mi casa vive así?

quién sois?

*Ang.* Señor...

*Ant.* No os turbeis.

*Ang.* Señor, de vuestro valor

bien puedo fiar mi honor.

*Ant.* Seguramente podeis.

*Ang.* Don Juan de Castro es mi hermano,

por la herida de Don Diego

vino á su posada luego

con Don Pedro, Feliciano

piadoso me truxon aquí.

*Ant.* Agora entiendo la historia.

*Ang.* Esperanzas de mi gloria,

paciencia, que ya os perdí.

*Ant.* No de valde, Feliciano,

el casarse defendia

su hermana, y aquí os tenia.

*Ang.* No me ha tocado una mano.

*Ant.* De tan principal mujer

estoy yo muy satisfecho.

Vuestro hermano, qué se ha hecho?

*Ang.* Qué tengo de responder?

á San Lúcar fué, señor.

*Ant.* Encerraila quiero aquí.

*Ang.* Qué quieres hacer de mí?

*Ant.* Asegurar un temor:

no temais, que en mi aposento

estareis mas recogida.

*Ang.* Ay esperanza perdida!

cobrad vida, y nuevo aliento.

*Ant.* Entrad, que os quiero cerrar.

*Ang.* Como no salga de aquí,

ya no es prision para mí.

*Ant.* Qué decís?

*Ang.* Que quiero entrar.

*Ant.* Por Dios que no ha de salir

hasta que case á Leonarda.

*Sale Rufina.*

*Ruf.* Don Pedro, señor, te aguarda.

*Ant.* Agora puedo decir, mi Rufina, que está seguro mi intento, pues quitada la ocasion se pondrá en execucion de Leonarda el casamiento.

*Sale Martin con la ropa.*

*Mar.* Puedo entrar?

*Ruf.* Puedes entrar.

*Mar.* Vengo, Rufina, ay de mí!

á despedirme de ti.

hechos los ojos un mar,

un mar de llantos, y enojos.

*Ruf.* Ya veo yo, Martin amigo,

la tormenta que contigo

estan corriendo tus ojos.

*Mar.* Ay, ay, ay.

*Ruf.* El ay, ay, ay,

ha mucho ya que pasó.

*Mar.* No lloras, Rufina?

*Ruf.* Yo.

acuérdase del Cambray,

con que pescó los quinientos

pues dígame, qué me dió?

*Mar.* Qué habia de darte yo?

*Ruf.* Por lo ménos los doscientos.

*Mar.* Esos no te faltarán,

pero mira que nos vamos.

*Ruf.* Mujeres, solo lloramos

quando se van los que dan.

*Mar.* Si; pero huélgome aquí

de que naciese mulata,

que aunque no quieras, ingrata,

te pondrás luto por mí.

qué no te mueva á piedad

haber besado el mastin?

eres su parienta al fin,

usas la misma crueldad:

qual hombre pasó en el mundo

la noche que yo pasé?

de la cocina rodé

al sótano mas profundo:

tú sabes donde dormí,

cereado con mil cuidados

de animales vidriados.

*Salen Leonarda y Don Juan.*

*Ju.* El confiarme de ti



ha de ser para mi daño.

**Leo.** No hayas miedo que lo sea.

**Ju.** En fin, quieres que te crea?

**Leo.** Tú sabes que no te engaño.

**Ju.** Dónde Doña Angela está, Martin?

**Mar.** No está con Leonarda?

**Leo.** Conmigo? no.

**Mar.** Pues aquí

la dexé, mientras juntaba la ropa.

**Ju.** Y tú no la has visto, Rufina?

**Ruf.** No puede en casa andar Doña Angela libre?

**Mar.** Si con Leonarda no está, no hay aposento en que esté,

**Ju.** Habla, Leonarda, qué aguardas? hámelo llevado tu hermano, como sabe que te casas,

á mi hermana? bueno quedo sin la suya y sin mi hermana.

Vive Dios, que si esto fuese, que pienso que tal infamia me obligaría...

**Leo.** Don Juan, paso, y con dignas palabras de quien eres y quien soy.

**Ju.** Qué palabras hay honradas, donde no son las obras?

**Leo.** Mira, que conmigo hablas, y que si eres defensor de las mugeres, y tratas mal mi respeto, diré que las mugeres engañas,

**Ju.** Leonarda, si esta traición procede de vuestra culpa, bien sabes que me disculpa mi honor y buena opinión; porque no será razón donde es la ofensa tan llana, que tengas defensa humana, pues muy atrevida, quieres que defienda las mugeres, y no defienda mi hermana: sería buena defensa, que por defenderte á tí, me hiciese tu hermano á mí.

en el honor esta ofensa?

Quando tú te casas, piensa

que ha de merecer su mano

pues no quiera Feliciano

que vuestra casa alborote,

que aunque pobre tiene en dote

ser quienes, y yo su hermano:

mi hermana ha de parecer,

porque en llegando á mi honor,

no hay hermosura, ni amor

por quien le dexe ofender:

no he defendido muger

con mas razón, en mi vida;

dámela, si eres servida;

basta que de mí adorada,

quedes, Leonarda, casada,

no Doña Angela perdida:

mira tú si á tu hermosura

igual respeto he guardado,

pues la espada no he sacado

para hacer una locura:

mi honor puesto en aventura,

y yo tan cuerdo y discreto?

pondré la furia en efecto,

aunque le pese á mi amor,

que no es bien perder mi honor

por no perderle el respeto.

**Leo.** Tente, espera, que no sé

que pueda haberte ofendido,

Feliciano, y si esto ha sido

satisfacerte podré:

yo misma te vengaré,

yo seré tuya, si quieres;

no te vayas, no te alteres,

Angela me toca á mí,

porque he aprendido de tí

á defender las mugeres:

si yo soy tuya, no es bien

que de mi hermano te quexes,

quando la tuya le dexes,

conmigo quedas también:

seré tuya, aunque me den

mil muertes; cierra los labios,

mi bien, que los hombres sabios

quando se ven agraviar,

aunque mueran por callar,

no publican los agravios:

á mi padre, al mundo, al cielo



diré que soy tu muger. *Ju.* Martin, qué tengo de hacer entre tanto fuego y yelo?

*Mar.* Qué puede darte rezelo en tanta seguridad?

*Ju.* No sería necesidad?

*Mar.* No, sino razon prudente; que si alguna muger miente, veinte mil tratan verdad: aman, quieren, y aventuran, cantan, baylan, y entretienen, solicitan, van, y vienen, limpian, regalan, y curan, nuestro descanso procuran, por ellas hay tanta historia que guarda eterna memoria; la casa en que no hay muger, como limbo viene á ser, ni tiene pena ni gloria; lisonja te hago en decir que que las quieras, y las creas, porque yo sé que deseas honrallas hasta morir, y sin mugeres no hay vivir, que aun Dios vio que convenia el darle su compañía, que el mas valiente que ves, on roq llora, en naciendo, á sus pies, pensando que las perdía.

*Ju.* Ahora bien; aunque no tenga en toda mi vida honor, quiero que mi justo amor amam oy espada y mano detenga; Don Pedro á casarse vengas; si on tu palabra quiero ver, que si supe defender mugeres, en esta ofensa será la mayor defensa; fiar mi honor de muger: que solo su defensor aquel puede ser llamado, que su honor les ha fiado, y su enemigo mayor, quien no les fia su honor; yo pongo en tí mi esperanza, que no es hacer confianza de mugeres principales, que hacerlas todas iguales;

es la mas necia venganza: quanto les debo me acuerdo, puesto que conozco ya que algun maldiciente habrá que no me tenga por cuerdo: con justa causa me pierdo, y me obligo á defendellas, que mas quiero yo por ellas quedar contento de amallas, y engañado por honrallas, que libre por ofendellas. *Vase.*

*Mar.* Puede haber mayor valor? *Leo.* El verá si le hay en mí.

*Sale Feliciano.*

*Fel.* Estaba Don Juan aqui?

*Leo.* Yo detuve su furor, asegurando su honor por escusarte la muerte.

*Fel.* Cómo hablas de aquesa suerte?

*Leo.* Pues cómo tengo de hablarte; si has querido aventurarte, á infamarme y á perderte?

*Fel.* Qué es lo que dices, Leonarda?

*Leo.* Que por no verte perder, tengo de ser su muger.

*Fel.* Lo mismo pretendo; aguarda.

*Leo.* Ya la traicion te acobarda: no era al principio mejor? á un hombre de tal valor á su hermana le has quitado, habiéndote confiado liberalmente su honor?

*Fel.* Yo quitado? estás en tí?

*Leo.* Dí dónde la tienes, presto.

*Fel.* En tu aposento la he puesto, desde entónces no la ví; y sospechoso de mí, Don Juan se la habrá llevado; y pues ya te has declarado, yo le tengo en mi aposento, porque solamente intento verme de su hermana honrado.

*Leo.* Tú has escondido á Don Juan?

*Fel.* En mi quarto le he tenido, y él á su hermana ha escondido, porque á Don Pedro te dan; que ya juntándose estan sus deudos para venir



á casarse.

*Leo.* Tú has de ir á darle satisfaccion.

*Fel.* Antes de hacerle traicion, quiero mil veces morir. *Vase.*

*Leo.* Pues dí, Martin, á qué efecto Don Juan con esta mentira culpa á mi hermano? eso mira á mi defensa, y respeto? qué hombre noble y discreto tal hubiera imaginado? dónde, Martin, la has llevado? tú la tienes, esto es cierto, y que ha de costarte, muerto, la vida que me has quitado.

*Mar.* Eso solo me faltaba.

*Leo.* Dónde está? dímelo presto, que te sacaré los ojos, si no me lo dices luego.

*Mar.* Mira que nos ha engañado Feliciano, y que es enredo, que Don Juan trata verdad.

*Leo.* No lo creo. *Mar.* No lo creo? plegue á Dios si la he llevado, que vuelva á darme otro beso el mastin de la cocina, y que entre gatos y perros pase otra noche tan mala; pero, déxame entrar dentro, que quiero hablar á Don Juan.

*Leo.* Qué fin tendrán mis sucesos? *Vas.*

*Sale Don Antonio.*

*Ant.* Paréceme que te burlas de mi obediencia y respeto; tres recados te he enviado, de que ya viene Don Pedro; bien agradecida estás, que aun sus joyas no te has puesto. Qué tristezas son, Leonarda, estas que afligen tu pecho? no basta ser gusto mio? no basta que yo lo quiero? en qué andáis los dos hermanos? quereis acabarme presto? No basta, que diga un padre, dada la palabra tengo? no ha menester una hija

saber cuál hombre, cuál dueño su padre le quiere dar; que hay tal diferencia en esto, que ella escoge con los ojos, y él con el entendimiento: solo que te diga yo, que solo tu bien deseo, cástate con quien halláres dentro de aquel aposento, basta para obedecerme, y para saber que acierto.

*Leo.* Pues esa es tu voluntad, digo, señor, que obedezco.

*Salen Don Pedro galán, y acompañado.*

*Ped.* Vengo á servirte, y honrarme, señor, con todos mis déudos: dame tus pies.

*Ant.* Con los brazos sale á recibirte el pecho.

*Ped.* Adónde está Feliciano? qué poca ventura tengo no honrarme en esta ocasión.

*Ant.* Yo y Feliciano tenemos cierto disgusto.

*Ped.* Soy yo la causa? no está contento de ser mi cuñado? ya este nombre y parentesco le ha quitado el de mi amigo?

*Ant.* Vais de la ocasion muy lejos: héle escondido una dama, y con este pensamiento lo que siente por amor, no lo diré por respeto.

*Ped.* Como no viene Leonarda?

*Ant.* Entremos en su aposento, que ya debe de aguardar.

*Alzan el tapiz, y estan de las manos Don Juan y Leonarda.*

*Ant.* Válgame el cielo! qué esto?

*Ju.* Es que estoy con mi muger, y de la mano la tengo.

*Ped.* Pues si la tienes casada,



cómo, Don Antonio, has hecho das á un caballero esta burla?

*Ant.* Yo burla? viven los cielos que ha de morir el traydor.

*Leo.* Paso, señor, que no pienso que se dexára matar, y yo disculpada quedo, pues me mandaste casar con quien en este aposento hallase; yo hallé á Don Juan, lo que mandaste obedezco.

*Ant.* Hay tal maldad! Feliciano? Feliciano?

*Ped.* Si Don Pedro es el agraviado, él basta.

*Ant.* Mi aposento me han abierto?

*Alzan por la otra parte el tapiz, y véanse Feliciano y Doña Angela de las manos.*

*Fel.* Abrile yo con razon, las tiernas voces oyendo que mi muger daba en él.

*Ant.* Qué muger? traidor, qué has hecho?

*Ju.* Siendo la muger mi hermana, yo Castro y Portocarrero, no hay que preguntar quien es.

*Si la herida de Don Diego*

fué riñendo en ocasion, como honrado caballero, y él me pudo herir á mí, bien sabeis que no le ofendo; pero si estais ofendidos.

*Ped.* Señor Don Juan, yo no siento mas herida que perder la esperanza y el deseo; pero no se pierda todo: dadme los brazos, que quiero ser vuestro amigo y de todos.

*Ju.* Honrad, señor, vuestro yerno, que aunque pobre tiene sangre del Conde de Andrada y Lemos.

*Ant.* Cien mil ducados de dote os quiero dar, porque al Premio de bien hablar demos fin.

*Ju.* No le des, sin que primero...

*Salen de las manos Martin y Rufina vestidos de novios de graciaosidad.*

*Mar.* Aquí, senado discreto, estan Rufina y Martin; que nunca salgo de perros.

*Ruf.* Yo he menester un padrino.

*Mar.* A mis bodas, caballeros, convido para mañana, si no es que ántes me arrepiento.

## F I N.



COMEDIA FAMOSA

EL PRINCIPE  
DE LOS MONTES.

MADRID AÑO DE 1804.

*Se hallará en la Librería de Castillo, frente á las gradas de San Felipe el Real; en la de Sancha, calle del Lobo; y en el puesto de Sanchez, calle del Príncipe; con un surtido de Comedias antiguas y modernas, Saynetes y Entremeses.*



MADRID AÑO DE 1804

y modernas, Sagrados y Eclesiásticos.  
Príncipe; con un sentido de Comedias antiguas  
de los Lobo; y en el puesto de Sanchez, calle del  
grados de San Felipe el Real; en la de Sanchez, ca-  
Se hallará en la Libreria de Castillo, frente a las